

quince meses de su elección pontificia. Todo ello volvía a poner de manifiesto la actitud valiente y decidida del pontífice, que permitió a la Iglesia avanzar en pocos años mucho más de lo que lo había hecho en décadas anteriores.

En este sentido, la política de Pablo VI, según De la Hera, entroncaba con la Organización para las Naciones Unidas (ONU), como se sabe constituida en 1945 en la Conferencia de San Francisco: para el Papa, la ONU era la escuela donde se educaba para construir la paz. Esta, según Montini, no se levantaba sólo con la política y el equilibrio de fuerzas y de los intereses, sino que se construía también con el espíritu, las ideas y las obras de paz. El décimo capítulo, titulado «Una palabra final, aunque no definitiva a modo de conclusiones», constituye una maravillosa muestra de la capacidad comunicativa y carisma de Pablo VI y del excelente dominio del lenguaje de Eduardo de la Hera.

Dado que este teólogo es un hombre que trabaja con un gran volumen de fuentes tanto primarias como secundarias, que sin duda respaldan y fortalecen aún más la fortaleza de su obra, al final de la misma se adjunta una completa lista de las mismas. No sería justo concluir esta recensión sin antes reconocer la labor de Pedro Rodríguez Panizo, director de la colección en la que se inserta este libro, y de la editorial Desclée de Brouwer (con la colaboración de la Universidad Pontificia Comillas), que han hecho posible la publicación de un conjunto de obras de fácil y amena lectura, perfectamente compaginada con el rigor científico y la aportación a la investigación. Esta es, en síntesis, una monografía de referencia para el estudio de la figura de Pablo VI cuyo grado de difusión debemos esperar que sea el máximo posible.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

KURT ANGLET, *Der eschatologische Vorbehalt. Eine Denkfigur Erik Petersons*, Schönningh, Paderborn-München-Wien-Zürich, 2001, 186 pp., ISBN 3-506-70407-9.

El presente libro de K. Anglet quiere ser un estudio de la reserva escatológica en el pensamiento de Erik Peterson. El teologúmeno de «la reserva escatológica» (*der eschatologische Vorbehalt*) circula como moneda corriente dentro del discurso teológico actual. Sin embargo, es poco sabido que este término fue acuñado por Erik Peterson en sus clases. Uno de sus alumnos, E. Käsemann, lo tomó de su maestro y, a través de él, pasó a circular por la teología del siglo xx, especialmente impulsado por la teología política de Metz y Moltmann. No cabe duda de que un estudio a fondo de la concepción de Peterson de la reserva escatológica habría de resultar interesante, tanto por poner de relieve el nacimiento del concepto «reserva escatológica» en cuanto tal, como por revelar su contenido teológico original.

Para realizar este estudio Anglet ha manejado el comentario de Peterson a la carta a los romanos, que procede de sus clases en Bonn en el semestre de verano de 1925 y en el de invierno de 1927/28, recientemente editado¹. También ha tenido acceso a

¹ E. PETERSON, *Der Brief an die Römer* (Ausgewählte Schriften 6; aus dem Nachlaß herausgegeben von B. Nichtweiß unter Mitarbeit von F. Hahn), Echter Verlag, Würzburg 1997.

una buena parte de otra serie de escritos no publicados de Peterson, entre los que cabe destacar su diario personal, que incluye reflexiones y *excursus* teológicos; y otra serie de manuscritos sin publicar, que inicialmente no estaban destinados a la imprenta. Me refiero a los apuntes personales que Peterson preparó al hilo del dictado de sus cursos. Estos materiales generalmente están muy bien redactados, casi listos para la publicación. Entre ellos, Anglet ha sacado especial partido a los relativos a la «Teoría neotestamentaria de la significación», «Primera carta a los corintios», «El evangelio de Juan» y «El Apocalipsis de Juan». La bibliografía final da cuenta del elenco de los materiales empleados.

En su estudio, Anglet sigue el mismo esquema que en una contribución más modesta, en la que resume su pensamiento, que presentó en el congreso sobre Erik Peterson en Maguncia en el año 2000². Parte, primero, de una presentación de la concepción petersoniana de la revelación, en el marco del rechazo de Peterson de la concepción moderna de la revelación (19-50). En este sentido, destaca la comprensión de Peterson del contenido neotestamentario del término «apocalipsis» y lo que en ello se significa. No se trata de la revelación en el sentido que se le da usualmente al término en la teología actual, pues el apocalipsis de Jesucristo (cf. Ap 1,1) es de naturaleza radicalmente escatológica y tiene que ver con la clausura de la historia. Por tanto, no se da un apocalipsis (= revelación) en la historia, sino otra forma de hacerse presente el Hijo del hombre en ella. El segundo capítulo (51-84) está dedicado a la prefiguración cristológica de la reserva escatológica. El juicio y la parusía ponen de relieve cómo la obra de Cristo está todavía bajo la reserva escatológica. El tiempo histórico continúa; lo cual determina la concepción del señorío de Cristo. El tiempo histórico y el tiempo escatológico se dan simultáneamente. El tercer capítulo (85-114) presenta la concepción tanto sacramental como pneumatológica de la reserva escatológica, según el pensamiento de Peterson. Es decir, la incorporación a Cristo y a su señorío es de naturaleza sacramental (bautismo) y pneumatológica (en el Espíritu). El tiempo escatológico de la Iglesia está marcado por los sacramentos y el don del Espíritu, ambas realidades cristificantes que incorporan a la vida en Cristo, sin suprimir la historia. Finalmente, en el último capítulo (115-176) diserta sobre las relaciones entre el antiguo y el nuevo eón, con algunas reflexiones sobre la eucaristía y una serie de críticas a la insistencia en el conocimiento del Jesús histórico, pues de ahí solamente se puede derivar una teología «katà sárka». La conclusión es muy breve (177-178). Termina esta disertación con una bibliografía (179-183) y un índice onomástico de autores citados (185-186).

No cabe duda del interés del tema estudiado. Sin embargo, no me ha resultado fácil seguir el hilo del discurso. De un lado, se da demasiado por supuesto un conocimiento de Peterson, aspecto que no considero realista en nuestro panorama teológico, incluido el de habla alemana. Las posturas y los temas teológicos de Peterson no se presentan de modo suficientemente claro y pedagógico. Por ejemplo, toda la cuestión del tiempo escatológico habría merecido una atención mayor, más ordenada y pormenorizada, habida cuenta, sobre todo, de que el autor disponía de mate-

² K. ANGLET, «Der eschatologische Vorbehalt. Eine Denkfigur Erik Petersons», en B. NICHTWEISS (Hrsg.), *Vom Ende der Zeit. Geschichtstheologie und Eschatologie bei Erik Peterson*, LIT-Verlag, Münster 2001, 217-239.

riales no publicados. Por otra parte, al poner constantemente a Peterson en diálogo con otra serie de autores, como Benjamin³, se corre el peligro de perder el hilo del discurso. A veces da la sensación de que más que ante un estudio de la obra de Peterson, el autor ha aprovechado la circunstancia para presentar sus propias reflexiones sobre temas conexos, trayendo a colación sus autores preferidos.

No termino de estar conforme con la crítica que le hace a Peterson en torno a la inadecuación de un paralelismo entre los conceptos de «kosmos» y «eón» (ej., p. 142). Según Anglet, Peterson tendría razón al subrayar el comienzo del nuevo eón con Cristo. Sin embargo, no habría comenzado de igual manera el nuevo kosmos, rompiendo así el paralelismo. Sin embargo, se ha de considerar que el nuevo eón que ya ha comenzado no ha alcanzado su plenitud, sino que se encuentra bajo la figura del tiempo escatológico; tiempo que finalizará con la parusía. Pero el final del tiempo escatológico no significa la clausura del nuevo eón, que es indefectible. Igualmente, al nuevo kosmos todavía le falta la consumación, con la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, ya ha comenzado, pues somos «criatura nueva» en Cristo, somos cuerpo de Cristo. La muerte y resurrección de Cristo tiene un alcance cosmológico, de transmutación y transcendización (*Transzendierung*) del cosmos, como ocurre con el tiempo. Así pues, en mi opinión el paralelismo de Peterson es correcto y se mantiene. Basta con considerar las transformaciones que se dan con la pascua en el templo: el nuevo templo es el cuerpo de Cristo, la comunidad cristiana que celebra la liturgia unida a la corte celestial y a su Cabeza. O dicho lo mismo de otra manera, la reserva escatológica no posee solamente un aspecto temporal, sino también cosmológico y espacial.

Esta monografía ha puesto de relieve, una vez más, la densidad del pensamiento teológico de Peterson y su enorme influjo, poco reconocido, en la teología del siglo xx. El tema elegido dista de haber sido agotado. Particularmente interesante resultaría seguir la trama de la historia de este concepto a través de la teología del siglo xx.—G. URÍBARRI, S.J.

MIGUEL PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2001² (corregida y aumentada), 560 pp.

Caracterizado por la solidez de su estructura, y la ecuanimidad de sus criterios, llega a su segunda edición este amplio manual de teología mariana.

Ya la sección dedicada a María en la Sagrada Escritura destaca por su extensa y actualizada información, analizada y contrastada con detenimiento tanto en el cuerpo de la exposición como en sus numerosas y abundantes notas.

La asimismo extensa segunda sección se dedica al desarrollo mariológico en los Padres, de tanta relevancia para fundamentar en la tradición la fe católica. Se distribuye en dos períodos, alcanzando el primero hasta el concilio de Calcedonia y el segundo

³ Como antecedente, véase K. ANGLET, *Messianität und Geschichte. Walter Benjamins Konstruktion der historischen Dialektik und deren Aufhebung ins Eschatologische durch Erik Peterson*, Berlin, Akademie Verlag 1995.